

Domingo, 10 octubre 2010
El Evangelio de hoy

Lc 17,11-19

Te doy gracias, Señor, de todo corazón

Mañana se cumple un año desde que el Santo Padre Benedicto XVI canonizara a San Damian de Veuster, conocido como «el apóstol de los leprosos», porque entregó su vida en la isla de Molokai, transformada en leprosario. San Damián amó a esos hombres y mujeres, que a causa de la terrible enfermedad estaban desfigurados y segregados, y solidarizó con ellos hasta hacerse uno de ellos y morir víctima de ese mismo flagelo. ¿Qué impresión habrá hecho en él el episodio de los diez leprosos que leemos en el Evangelio de este domingo?

En el «infierno de Molokai» lo más grave no era la lepra que afectaba a todos, sino la amargura, el resentimiento y el odio que los invadía por la terrible enfermedad que sufrían y por el exilio forzado. Era un infierno no por la lepra, sino por la ausencia de Dios. Allí llegó Damián, no segregado de manera forzada -era un joven sacerdote lleno de vida-, sino movido por el amor. Escribía: «Son muy horribles de ver, pero tienen un alma rescatada al precio de la sangre adorable de nuestro divino Salvador». Y al poco tiempo el «infierno de Molokai» se transformó en un paraíso. Ya afectado por la lepra Damián escribía a sus parientes: «Estoy feliz y contento y, si me dieran a escoger la salida de este lugar a cambio de la salud, respondería sin dudar: Me quedo con mis leprosos». Entre los habitantes de esa isla quedó claro que el mayor mal que puede sufrir un ser humano no es la enfermedad del cuerpo, por muy horrible que sea, sino la enfermedad del alma, es decir, la falta de Dios y de Jesucristo.

El Evangelio de hoy nos presenta el encuentro de Jesús con diez leprosos. Ellos también están segregados. Están segregados de la sociedad humana, porque su enfermedad es contagiosa, y están segregados de Dios, porque la lepra era considerada un estado de impureza. Por eso, desde la distancia, gritan a Jesús: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!». Aunque sea desde la distancia, han entrado en contacto con Jesús y han concebido en su corazón la certeza de que él puede salvarlos. Jesús quiere que su rehabilitación sea completa y certificada por los sacerdotes, como lo exigía la ley judía: «Vayan a presentarse a los sacerdotes». Un nuevo signo de confianza en Jesús es que ellos, no percibiendo aún ninguna mejoría, obedecen la palabra de Jesús. Y entonces ocurre lo asombroso: «Mientras iban quedaron limpios». ¡Quedaron limpios los diez!

Pero estaba por ocurrir algo más asombroso aun, la ingratitud del 90%: «Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias». Para los presentes y para el mismo Jesús era más fácil creer que los otros nueve no quedaron curados: «¿No quedaron limpios los diez?». Después de cerciorarse que sí, que todos habían quedado curados, viene el asombro: «Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?». El Evangelio observa que ese único que reconoció el beneficio recibido y lo agradeció no era judío, sino samaritano. Entonces él recibe el bien mayor, el Bien que Jesús quería dar a todos: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado». Recibió la salvación eterna de su alma.

El Evangelio nos enseña lo mismo que verificó San Damián de Molokai: la salvación eterna de nuestra alma es un bien mucho mayor que la salud del cuerpo. Y esa salvación consiste en acoger en nuestra vida a Cristo: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único para que el mundo se salve por él» (cf. Jn 3,16-17). Los nueve leprosos estaban mejor enfermos que sanos. En efecto, mientras sufrían la lepra, reconocían su necesidad de Cristo -«Ten compasión de nosotros»-; pero una vez sanos en su cuerpo, retomaron la autosuficiencia respecto de Dios no encontrando nada que agradecerle. El Evangelio de hoy es una fuerte invitación a cuidarnos de la ingratitud hacia Dios por el desconocimiento de sus dones, sobre todo de habernos dado a su Hijo único.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles